

Don Pilar Jiménez

DE la finca de San Gabriel mi madre nos llevó varias veces a Guadalupe, a casa de don Pilar Jiménez. Desde muchos años antes, tenía ella muy buenas relaciones con doña Melchora, hermana del Dr. Daniel Núñez y esposa de don Pilar. De las primeras visitas tengo muy vagos recuerdos. La casa de don Pilar quedaba al costado norte de la iglesia, y algunas veces las dos señoras me llevaron allí a funciones religiosas. De todo esto sólo tengo claro en mi mente un día que estaba la iglesia llena de humo (habían quemado mucho incienso) y le pregunté a mi madre que si todo aquel humo lo echaban los santos. Tonterías de niños, con cierta lógica en medio de todo, si se toma en cuenta lo que nos habían enseñado: que en el cielo los santos están en una nube tal y como yo los había visto en algunas estampas.

La casa de don Pilar se distinguía por su gran limpieza. Los pisos y los muebles todos tenían mucho brillo. En el interior había un pequeño jardín muy bien cuidado; en la sala algunas sillas negras, cuadros pequeños en las paredes pintadas de azul claro, un piano y un estante con libros de música. Así recuerdo esa casa en el año 1885. Sé el año porque en alguna ocasión me enviaron a ella y de regreso de Guadalupe fui con unos amigos que encontré en el camino al lugar donde se instaló el Molino Victoria de don Rafael Yglesias, frente al costado norte de la Fábrica Nacional de Licores, y allí uno de los albañiles estaba haciendo en una portada unas cifras de ladri-

llo en donde podía leerse: 1885. Con el tiempo, estos dos recuerdos se unieron en mi mente.

Un día me mandaron a la casa de don Pilar con una encomienda. Tenía once años. Doña Melchora recibió lo que mi madre le enviaba y me hizo entrar a la sala, en donde debía esperarla. Al rato apareció don Pilar. Era un hombre bajo, grueso, con la cara grande y los labios abultados. Me saludó con mucho cariño y me dijo:

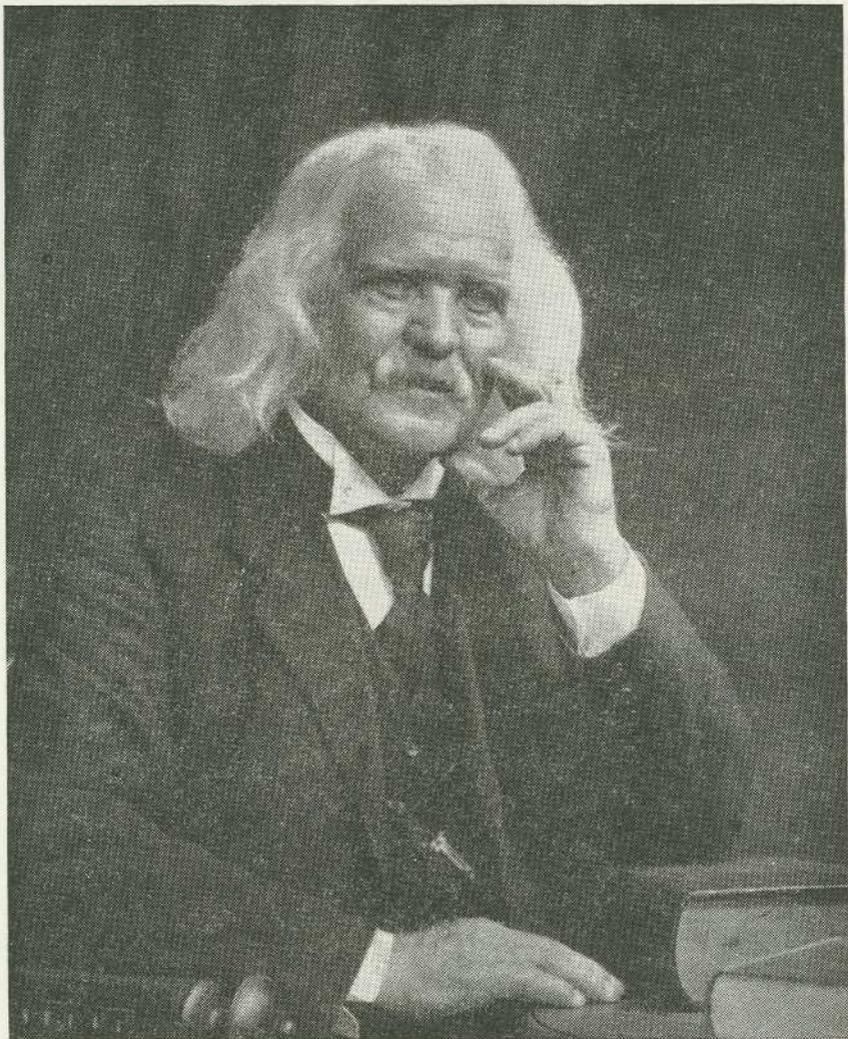
“¿A Ud., le gusta la música?”

Probablemente contesté algo.

Se sentó al piano y principió a tocar. A mí no me agradó aquello para nada. No lo sentía en mi cuerpo. La única música que en aquel tiempo me gustaba era la polca, que bailaba con gran placer. Movía todo el cuerpo y los brazos, de arriba para abajo; estaba enteramente en la infancia en materia musical; necesitaba una música rítmica, sencilla. Don Pilar tocó mucho y me dijo los nombres de los autores de las piezas que tocaba. Estos nombres fueron quizás Mozart, Beethoven u otros clásicos, pero no los recuerdo. Era la primera vez en mi vida que yo oía esos nombres y la primera vez que oía música clásica, que me pareció detestable porque, para mí, no tenía compás ni me producía ningún placer. Don Pilar estaba entusiasmadísimo y sacaba libros de música, buscaba algo en las páginas y seguía tocando y tocando. Creo que intenté escabullirme y salir corriendo. A los once años, la música clásica fue un verdadero tormento para mí.

Después de esta visita, mi madre me llevó varias veces más a Guadalupe. Recuerdo haber oído que en la sala de don Pilar tocaban algo, pero como no era nadaailable no podría decir con qué clase de música se deleitaba él.

Desde el año 1889, en que abandonamos la finca de San Gabriel, no volvimos a Guadalupe y las relaciones de señora a señora se fueron enfriando poco a poco. Por espacio de varios años, no volví a ver a don Pilar. En 1891, 92 y 93 tuve de compañero de estudios en el Liceo a su hijo José Joaquín (hoy dentista). Fuimos muy buenos amigos y quizás por las antiguas relaciones, José Joaquín me invitó a pasar con ellos algunos días de las vacaciones de 1892. De nuevo volví a ver a don Pilar. Me explicó muchos detalles acerca del piano y



Don Pilar Jiménez

conocí la llave especial que se usa para afinarlo. No recuerdo que en esta temporada se hubiera tocado mucha música y menos que don Pilar me hubiera llamado para que oyera sus "enredijos." Recordaba aquella extraña música de algunos años antes, pero de esta vez los días se nos iban en paseos por las fincas vecinas.

Después de mi bachillerato, en 1893, no volví a ver a don Pilar por un largo período de años, sino muy de tarde en tarde en las calles de San José o en Buena Vista, en casa de don Mauro. En la sala de la casa de don Mauro había dos grandes cuadros de Beethoven y Mozart.* Yo los había visto, pero nunca había tenido la curiosidad de preguntar quiénes eran. Un día entré a la sala y hallé a don Pilar afinando el piano. Como el mecanismo estaba a la vista, me interesó y don Pilar con paciencia me fue explicando todo lo que le pregunté. Fijándose en los cuadros me habló con grandísimo entusiasmo de los personajes ahí representados. A ratos abandonaba el trabajo y se detenía a contemplar aquellas figuras, con verdadera devoción. Miss Ada tocaba con frecuencia música de Mozart y de Beethoven y don Mauro nos habló de estos compositores varias veces, pero la verdad fue que esta música no me produjo ninguna impresión.

En 1897 partí para Chile. Mi afición al baile continuó con más entusiasmo que nunca y pronto tuve buenas relaciones que me permitieron sentir los placeres de la danza. Una de mis amigas, María Julia Araya Bennett, era una gran pianista y tocaba con mucha frecuencia música clásica que yo oía ya con mucho placer. En Costa Rica yo había estudiado algo de guitarra, lo que me permitió ingresar a un conjunto musical. Con este motivo conocí a varios músicos chilenos y alemanes, quienes tuvieron no escasa influencia en el desarrollo de mi gusto, bastante dormido, por la música clásica. Los nombres de Beethoven y de Mozart volvieron a mis oídos. Ya esta música no era para mí el "enredijo" de don Pilar Jiménez, sino algo que me hacía sentir un placer que me había sido desconocido.

* José Joaquín Vargas Calvo conserva los dos cuadros de Mozart y de Beethoven que por muchos años estuvieron en la sala de la casa de don Mauro.

Cuando regresé a Costa Rica, ya mi espíritu se había modificado muchísimo con respecto a la música. En 1902 fui una tarde del mes de marzo con don Zacarías Salinas, Director del Liceo, a Guadalupe. Visitamos a don Pilar. Era el mismo don Pilar, sólo que ya tenía una gran cabellera blanca. La misma sala notable por su limpieza, el piano en el mismo lugar y el estante con libros de música. ¡Cuántos recuerdos vinieron a mi mente! Ya no quería escabullirme. Don Pilar y algunos de sus familiares nos deleitaron esa tarde. Por primera vez lo oí tocar la viola. ¡Qué maestría! ¡Qué ejecución! Las horas pasaron. Cuando regresaba con el señor Salinas, tanto él como yo hablamos muy poco. Sólo al día siguiente se refirió con gran entusiasmo, a la música de don Pilar. Volvimos otra tarde. De nuevo escuchamos deliciosas melodías.

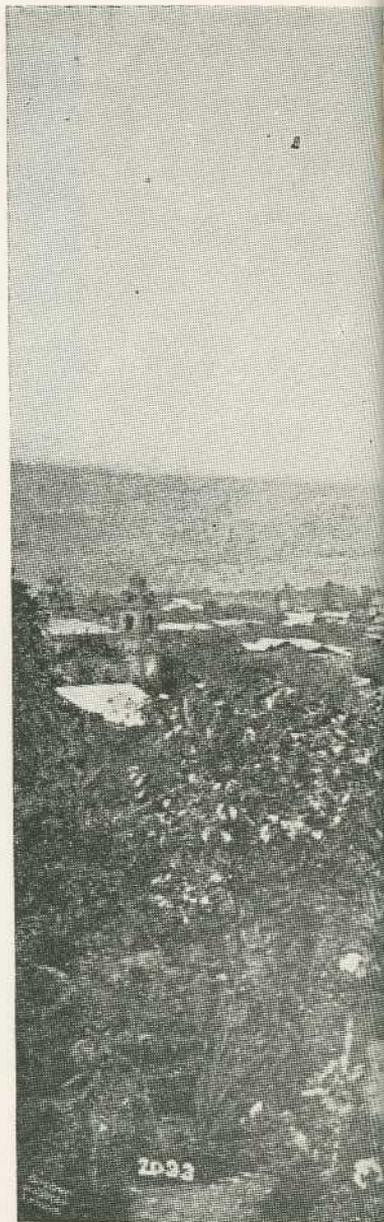
Don Pilar me volvió a hablar con santa veneración de Mozart, Haydn y Beethoven. De esta vez sí me interesaron sus palabras, pero más me impresionó su música. Pasaron algunos años. La cabellera de don Pilar se hizo más hermosa. Su entusiasmo por los clásicos más intenso todavía. Solamente una vez lo oí tocar de nuevo. En una ocasión hablé con él en la plaza de Guadalupe y luego en casa de su hijo don Enrique. En sus últimos años se le veía con frecuencia con un tongo o con una gorra sobre su cabellera. Era una figura imponente. Ignoro si dejó algo original o si sus biógrafos han estudiado a fondo sus capacidades artísticas, su modo de sentir las grandes creaciones musicales y sus autores predilectos.

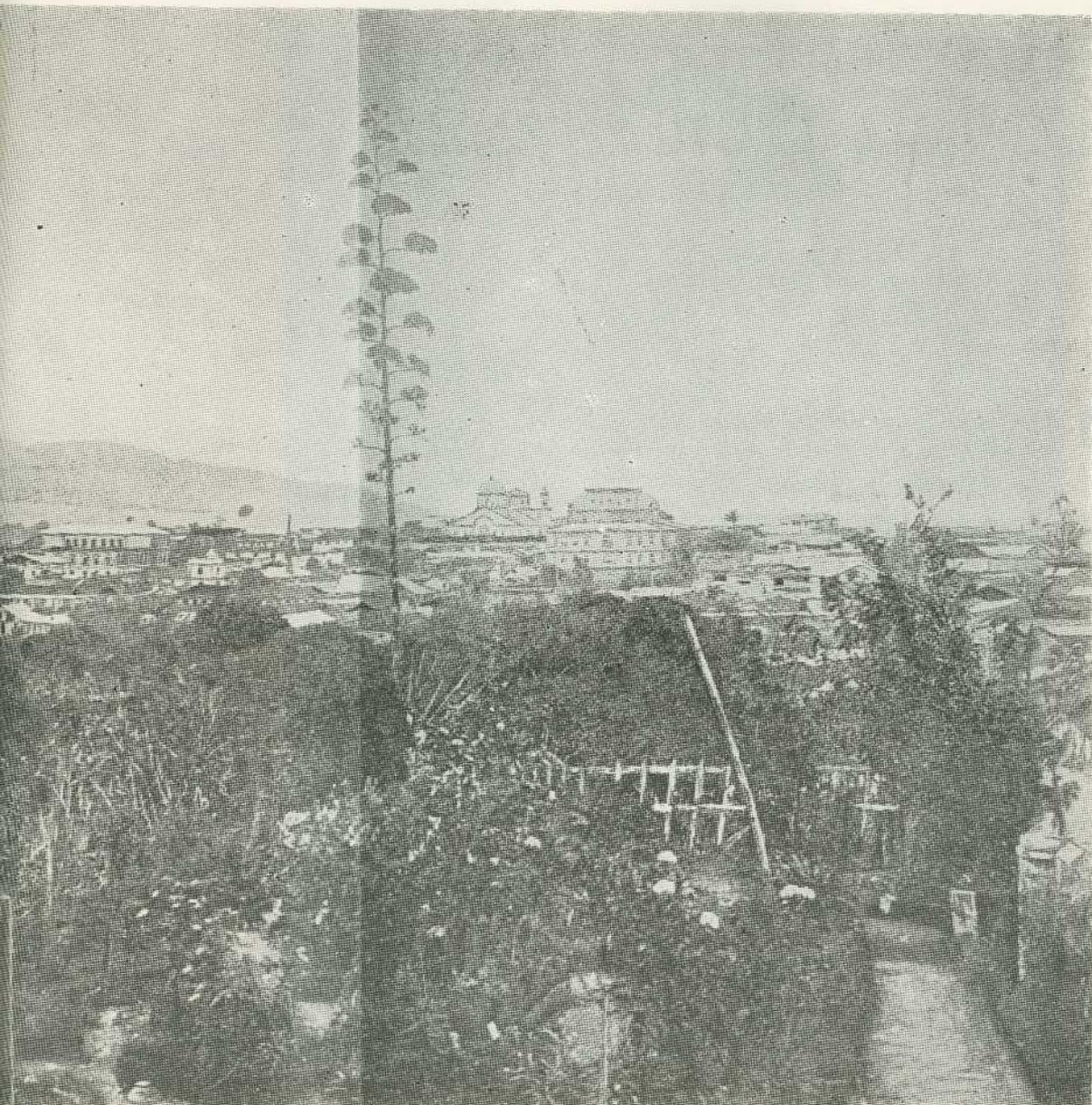
16 de febrero de 1925.



Panorama de la ciudad de San José, desde la casa
de Don Mauro Fernández.

Referencia bibliográfica en folio cincuenta y nueve.





o caso de latido "petallo", que accoite para la primera
1912